

OPINIÓN



TRIBUNA

**GERMÁN
BARRIOS GARCÍA**

El consumo crece y ha servido para frenar el impacto de la crisis, pero lo hace más de lo que crecen los salarios y el empleo, un modelo que fracasó en 2008. El aumento del consumo debe acompañarse de más empleo y mejores salarios.

¿Hemos aprendido la lección?

El empleo crece a niveles similares a los que crece la economía, lo que quiere decir que se crea empleo; pero este es precario, de poco valor añadido y de salarios muy modestos. El crecimiento del consumo es superior al crecimiento de la economía, y lo que necesitamos es un mayor equilibrio, porque, además de consumir, es necesario ahorrar para pagar la deuda, y al mismo tiempo generar beneficios para que las empresas puedan invertir en productos y servicios innovadores y crear puestos de trabajo más productivos.

Desde 2010 los impuestos sobre la producción y el consumo han crecido más que los salarios y los beneficios empresariales; trayendo parte de la capacidad necesaria para que los actores de la economía (trabajadores y empresarios) generen y dispongan de los recursos que impulsen el crecimiento. Sin duda, en circunstancias excepcionales son necesarios ajustes drásticos, pero una vez superadas esas circunstancias, hay que dejar que sea nuestro sistema productivo el que, a través del crecimiento de la actividad, genere los recursos necesarios para consumir, invertir y pagar las deudas, todo de una forma sostenible y coordinada.

Debemos tener siempre muy presentes los elementos básicos y no olvidar que la evolución a largo plazo de una economía está estrechamente relacionada con su capacidad potencial para crecer. Este potencial depende de unos factores básicos que son la demografía, la capacidad de generar puestos de trabajo de calidad y la disponibilidad de recursos para invertir. Y hay una regla que debe cumplirse siempre, que la productividad debe mantenerse en unas tasas competitivas en relación al resto de regiones o países.

Hay algo en lo que todos estamos de acuerdo: que para el crecimiento de la productividad es importante reducir la economía sumergida y, a la vez, aumentar el tamaño de las

empresas. Muchos pequeños emprendedores cuyos proyectos no cuajan y se ven obligados a recurrir en mayor o menor medida a la economía no ortodoxa, serían más productivos en una empresa de tamaño medio. Son muchos los estudios que muestran que las diferencias de productividad entre unos países y otros, se explican por la diferencia del tamaño medio de sus empresas, incluso la estabilidad, en el tiempo, de las empresas, está muy ligada a que su tamaño mínimo sea el adecuado.

La legislación fiscal y laboral, los incentivos empresariales, y las políticas industriales y económicas no están armonizados en torno a este objetivo principal. Y esto es crucial para potenciar la creación o el incremento de tamaño de empresas, para lograr que las empresas de 10 a 50 trabajadores sean la base de nuestro tejido productivo.

Este tipo de empresas son las más innovadoras y las que más empleo crean, y lo más importante: hacen posible la diversificación productiva y se extienden por todo el territorio favoreciendo la convergencia territorial. Además, las grandes empresas, crecen allí donde existe un tejido de empresas pequeñas, algunas de las cuales acaban siendo absorbidas por las empresas más grandes, a las que aportan eficiencia y productos innovadores.

Es decir, el elemento fundamental para tener una economía equilibrada, productiva y competitiva, es generar el entorno laboral, fiscal y económico adecuado, tanto para la creación de nuevas empresas, como para el crecimiento de las existentes, así como crear las condiciones oportunas para que aquellas que fracasen, no estén hipotecadas por ello y puedan volver a intentarlo, sin verse abocadas a la economía sumergida o al fraude. Y máxime si tenemos en cuenta que el fracaso muchas veces es sobrenido (pensemos en cuantas empresas en estos últimos tiempos se pueden haber destruido por falta de pago de las administraciones, en tanto que sus deudas con las administraciones les serán reclamadas por éstas 'sine die'). En este entorno el miedo al fracaso es más intenso que las esperanzas de éxito, y en este sentido, todos esperamos que el nuevo Decreto-Ley de «mecanismo de segunda oportunidad» alivie esta situación.

La internacionalización y las exportaciones son otro de los factores que apoya esta apuesta por las PYMES y su capacidad de generar puestos de trabajo. El tamaño es un factor básico a la hora de internacionalizarse y exportar, pero los datos demuestran que las empresas pequeñas (entre 10 y 49 trabajadores) y medianas (desde 50 a 249 trabajadores) tienen un potencial de dinamismo exportador del que carecen totalmente las microempresas (menos de 10 trabajadores), y sin embargo su potencial internacional está próximo al de las grandes corporaciones, en términos homogéneos en cuanto a porcentajes de facturación al exterior. Por eso, y como ya he señalado, en Castilla y León debemos apostar por un modelo productivo que contribuya a que las microempresas aumenten su tamaño y se conviertan en Pymes, teniendo en cuenta que más del 50% de nuestras empresas no tienen ningún asalariado y más del 90% no llegan a los 10 trabajadores (según datos del INE).

En una economía como la actual, con un claro sesgo hacia los servicios de poco valor añadido, hay muchísimas empresas, pero demasiado pequeñas y atomizadas, lo que, junto con factores de índole normativo, y quizá debido a ellos, impiden a la economía en su conjunto crear las condiciones necesarias para romper con ese modelo productivo.

«¿Por qué digo todo esto?», se preguntarán muchos de ustedes. La razón no es otra que una preocupación, que creo justificada, de que corremos el riesgo de no haber aprendido la lección, después de sufrir una crisis tan severa como la que acabamos de soportar. El último dato de la Contabilidad Regional de Castilla y León (que refleja en parte algo que se observa también en los datos nacionales del INE) muestra el avance del 1,4% del PIB de la Comunidad en 2014, en línea con el estatal (con un avance del 0,5 en el último trimestre del año), pero si nos fijamos en la evolución de los diferentes sectores, vemos cómo el sector industrial ha ido rebajando tri-

mestre a trimestre su aportación al conjunto de la producción (bajando al 17,2% en el IV trimestre), y en cambio los servicios y la construcción han ido incrementando su aportación a lo largo del año. Y si queremos apostar por un empleo de más calidad, es necesaria una mayor aportación del sector industrial a nuestro PIB (que debería llegar al menos al 20% según establece la Estrategia Europea).

Y me preocupa sobre todo porque si no cambiamos nuestro modelo productivo, no crearemos las condiciones para frenar y revertir el aumento de la desigualdad social y la equidad en la distribución de la riqueza. Nouriel Roubini en un reciente y magnífico artículo titulado 'Una verdad heterodoxa' analiza la encrucijada en la que se debate la economía mundial sobre el problema que no consiguen resolver los poderes públicos y los bancos centrales: el desfase entre la oferta y la demanda. La cita es obligada: «demasiados trabajadores desempleados [a lo que yo añadiría no lo suficientemente cualificados] intentan conseguir los demasiados pocos puestos de trabajo disponibles, mientras que el comercio y la globalización, junto con las innovaciones tecnológicas que ahorran mano de obra, están reduciendo cada vez más los puestos de trabajo [añadamos de nuevo de baja cualificación] y los ingresos de los trabajadores, lo que representa un mayor lastre para la demanda».

Por mucho dinero que se ponga encima de la mesa por parte de los bancos centrales, y suponiendo que se hiciera circular, cosa que no ocurre, no se resolverá el problema endémico que nos llevó a la crisis de 2008, si no se pone en práctica una política fiscal y económica que estimule las pequeñas empresas de productos y servicios de alto valor añadido. En tanto no haya un cambio de modelo, los crecimientos traerán nuevas crisis y los trabajadores seguirán empobreciéndose más y más. Las administraciones no podrán financiar los servicios públicos mediante incrementos de deuda, si no están respaldados por crecimientos de la producción estables y sostenibles, y con ello volvemos al factor básico que inspira este artículo: la productividad debe mantenerse. Y según los últimos datos del PIB, estamos ante la misma piedra a punto de tropezar, ya que en el estado actual de la economía, la productividad sólo ha subido a costa del empleo; por lo que tenemos que apostar por la innovación, el conocimiento y el valor añadido de nuestros productos.

Por todo ello, aunque la consolidación fiscal y las reformas han sido importantes, sigo pensando que esto no ha sido suficiente, que hay que apostar por políticas de inversión y estímulo económico que eviten que más de 4,5 millones de españoles sigan hambrientos de empleo, y en concreto más de 220.000 trabajadores en Castilla y León. Por eso creo que la firma – con un presupuesto de más de 124 millones de euros – dentro del Diálogo Social, en nuestra Comunidad, de planes de crecimiento y estímulo deben suponer un importante apoyo a nuestro modelo productivo. Además, todos estamos obligados a impulsar políticas de estímulo de la demanda y el empleo, que puedan elevar el empleo de calidad o se corre el riesgo de entrar en una «crisis parcial enquistada» que sea incapaz de dar soluciones a los jóvenes en paro o al colectivo de los mayores de 45 años, que tienen serias dificultades para obtener un empleo en un futuro próximo. Y digo esto porque es difícil decirle a la gente que hemos salido de la crisis, mientras el paro no baje a niveles normales, y lo honesto es decirles que seguiremos con dificultades.

Germán Barrios García es Presidente del CES



«Hay que crear un tejido reticular de pequeñas empresas con capacidad de crecer y generar valor añadido»